

LOLA SANTA-CRUZ

Con la voz algo rota por el esfuerzo diario, y la espontaneidad vibrando en la palabra, sentada delante del inevitable espejo de un camerino de actriz, Esperanza Roy comienza a maquillarse. "Algún día escribiré mis memorias, y ahí sí que contaré toda la verdad, toda". Una verdad que seguramente tendrá como telón de fondo la tenacidad. Porque es esta palabra, sin duda, la que mejor resume la vida y la carrera de esta mujer.

"Nací en Madrid en el momento peor que alguien puede hacerlo: al estallar la guerra. En una típica familia media que después de la guerra fue menos que media, ya que murió mi padre y hubo una gran ruina moral y económica. Así que empecé a vivir en un mundo en el que todo iba en contra de la felicidad. Pero si los elementos externos no eran los mejores para una niña, si que encontré mucho cariño siempre en mi familia. Soy la pequeña de seis hermanos y ellos fueron siempre mis maestros".

El camerino lleno de plantas, flores y telegramas enmarca bien el físico optimista y repleto de vitalidad de Esperanza, que ha llegado a la cita puntual y quejándose de los problemas del tráfico. Ninguno de los tópicos y típicos antecedentes artísticos familiares hacia prever que aquella chiquilla de la posguerra fuera a dedicarse al teatro. "Simplemente, tengo una madre maravillosa, con un gran espíritu, como buena aragonesa. Una mujer que nunca se ha dejado derrumbar por las penas, y que constantemente repetía cómo le hubiese gustado que sus padres la hubiesen dejado ser artista. Cosa, que en aquella época, era una especie de inmoralidad. Pero aquello era su sueño, su ideal, y en casa, pasase lo que pasase, siempre había dinero para ir al cine por la noche. Ella siempre nos ha hecho funcionar, en nuestros peores momentos, como si todo lo que ocurriese alrededor fuese una especie de comedia musical. A lo mejor, del carácter de mi madre, de su forma de hacer, ha nacido en mí el deseo de ser artista. Ella dice muy seria que le pidió a Dios tener un hijo artista".

Quizás fue de esa petición a los cielos de la que surgió esta Esperanza Roy, a la que en un juicio superficial se podría acusar de no saber a qué carta quedarse. Una trayectoria artística a saltos, a veces de gigante: de la revista al cine, del teatro comprometido a la comedia, de nuevo a la revista... Y todo ello con una meta clara: aprender, enriquecerse. Un aprendizaje que comenzó con unas zapatillas de ballet, pocos años y muchas ganas. "Hubiera sido mejor que me hubiese dado por otra cosa. Primero, porque la economía de mi casa no me permitía seguir una carrera como es la de ballet, y segundo,

porque en España no existía la estructura que hay ahora para poder empezar con una buena influencia, con un buen principio. En casa creyeron que era un capricho de la nena, pero cuando comprobaron que iba en serio hicieron un esfuerzo para ofrecerme una buena preparación. Mi padre nos había dejado impregnados de su espíritu de la responsabilidad; como buen republicano daba gran importancia a la cultura, y lo que más le importó siempre es que sus hijos tuvieran una base, y luego eligieran".

La nena, tenaz ya, con la resolución que todavía chispea en sus ojos, ingresa en una academia tras pasar un examen, y pronto es requerida por Karen Taff para formar parte de su ballet. No influyó poco en aquella elección la estatura de la adolescente Esperanza, que a sus 13 años medía 1,65 a pesar de las privaciones propias de la época. Formación y disciplina son la base del trabajo de la actriz durante esos años, y la herencia mejor que la polifacética artista recibió del baile.

## LO DESCONOCIDO

Una de las cosas que más le gustan hoy a Esperanza Roy es viajar. Por el simple placer de conocer sitios nuevos, o con la curiosidad de ver espectáculos recién estrenados. Londres o Nueva York son altos, relativamente frecuentes, en su camino. Salir al extranjero ya no lleva implícito ese gusanillo del temor ante lo desconocido. Pero la realidad de sus años de juventud ante la salida de España, era bien distinta a la actual. "Después de estar con Karen me di cuenta de que en España ya no podría hacer nada más y se me planteó la necesidad de salir al extranjero. Con lo que ganaba trabajando en el ballet, me pagué un curso de baile español, y el flamenco fue una de las clases de arte dramático más importantes que he tenido, porque tiene toda la amalgama de expresiones que uno se pueda imaginar: dramática, cómica, enérgica... Y a los 18 años crucé la frontera. Era como salir de una aldea casi, casi a las galaxias. Me encontré cosas que no había visto en España, una altura cultural desconocida en nuestro país. En París la gente hacía colas para entrar en los museos, y yo no entendía aquel fenómeno. Es más, recuerdo que en Madrid fui un día al museo del Prado, y estaba tan sola, y hacía tanto frío que me salí, porque pensé que me iba a dar un pasmo".

Cinco años bailando español, como figura solista, por el norte de Europa, librándose del alterne, tipo de contrato muy conocido en aquellos años para las artistas, y aprendiendo en la vida, a sacudidas, todo aquello que nunca pudo aprender en la Universidad: a ver, comprender, asimilar. El mundo de la ópera, de la revista, del mimo, se abrió ante sus ojos. Pero Esperanza llevaba muy mal eso de la añoranza familiar, el no poder hablar su idioma. Y como dicen que el ser humano siempre vuelve a sus orígenes, decidió re-

gresar a España e incorporarse a la revista. "Entre otras cosas porque el mundo musical me resultaba fácil entonces. Quería sentir que España y el mundo que aquí había, por muy cutre que fuera, era el mío y donde yo quería y debía estar. Y di con una forma de hacer, una forma de estar en la revista. Me quedé asombrada, cuando ahora viene a verme gen-

te y me dice que me siguen desde los años del Martín. Yo me pregunto cómo es posible, si entonces estaba de tercera, luego de segunda... Fui haciendo escalones, no me incorporé como primera figura, ni mucho menos. Pero aquellas personas se habían fijado en que aquella tercera hacía algo que no estaban acostumbrados a ver en revista. De todas

## ESTRELLAS

# ESPERANZA ROY

## RETRATO INTERMITENTE

Sencilla, buena —salvo honrosas excepciones—, intuitiva y trabajadora; casi sin sentido del ridículo, cuidadosa con sus amigos, diva en escena o cuando alguien quiere ponerle el zapato en el cuello, amante de la vida y muy sensible. Así es Esperanza Roy, un trueno de mujer que ha plantado en plena calle de Alcalá su personal antología de la revista.



Tenías que ser guapa, bien hecha, que crujiaras, pero que luego no enseñaras nada". (Foto: Fernando Suárez)

formas, la ascensión fue rápida y pronto me encontré de primera "vedette".

Se le sale por los poros a Esperanza Roy el gracejo castizo al hablar, y un sentido del humor muy de muchacha de barrio, nada rebuscado, exento de sutilezas pseudo intelectuales. Es lo que es y como es, y no pretende aparentar lo contrario, ni aun en esos

momentos en que se le descompone la cara y las manos se le lanzan al vuelo al hablar de los problemas sociales, del hambre, de las injusticias. Es en estos momentos la suya, una imagen tan alejada de la de las "vedettes" al uso en nuestro país, que cuesta trabajo imaginársela ahogada en una cascada de plumas, luces y lentejuelas.

## SEÑORA GUAPA

"En aquellos años el físico tenía gran importancia en la revista. Bueno, lo tenía a la hora de elegirse, porque luego no lo podías enseñar. La gran contradicción es que tenías que ser guapa, bien hecha, que crujiaras, como solía decirse, pero que luego no enseñaras nada. Estamos más o menos en los sesenta, y yo me las veía y me las deseaba para cumplir los contratos, porque me llovía el trabajo. Lo último que hice en revista fue con Nati Mistral; una comedia musical sacada de "La Corte del Faraón", que estaba prohibida por la censura. La comedia se llamaba, fijate tú, "La bella de Texas". Me harté de que siempre apareciera por delante en cartel la amiga del empresario de turno, y con lo que había ahorrado me convertí en empresa. ¡Qué desastre! Me di cuenta de que a mí los galimatías administrativos no me iban nada. El día que, en Barcelona, salí a escena cantando las butacas que estaban ocupadas, me dije ¡Esperanza, esto no puede ser! ¿Qué te está pasando? Yo soy artista y no me puedo estar preocupando de estas cosas. Y me alegro todavía de haber dejado de ser empresa. Eso me hizo luchar más, porque en el primer caso escoges tú, y siendo sólo actriz te escogen a tí".

En medio de estas circunstancias burocráticas, la "vedette" se da cuenta de que lo que más le gusta es hablar en escena, interpretar un papel. Ir al cine significa para ella una constante fuente de envidia. Envidia por aquella actriz que está hablando. Y es Elías Querejeta el primero que le da una oportunidad en cine. Una vez más, por su físico de "española maciza". La Roy sorprende a todos con su creación de Matilde, una prostituta. "A partir de ahí, y durante diez años, he hecho de todo en cine: comedia española, de esa que es muy limpia y muy mona, pero que no dice nada; dramas, como "Carne apeleada", que para mí fue muy importante, porque creo que por primera vez se interpretó en España una homosexual real; y otras muchas cosas. Me sirvió de mucho mi estancia en el extranjero para observar todos los fenómenos con un espíritu más abierto, más comprensivo".

Esperanza Roy atribuye a alguna extraña conjunción planetaria el hecho de que su nombre haya empezado a sonar fuerte hace dos, tres años nada más. "Lo cierto es que cuando trabajas mucho, cuando has profundizado mucho un camino, lo normal es que algo salga de todo eso. Nunca he tenido prisa porque siempre he estado segura de mí misma. Cuando yo me metí en el T.E.C. (Teatro Estable Castellano) fue por un ansia de que me dirigieran directores españoles, por una auténtica rabia de que no me llamaran para hacer obras importantes. En el T.E.C. aprendí muchísimo porque tuve a cuatro magníficos directores, como William Layton, José Carlos Plaza, Narros, Taraborelli. Gentes que se dieron cuenta de que yo era ya una fruta hecha, madura y que

lo único que tenían que hacer era colocarme en el lugar apropiado. En España no hay una estructura de teatro para colocarme en ninguna parte, ¿para qué nos vamos a engañar? No estoy desahogada, pero no está a la altura de aprovechar a nadie. Ni hay una infraestructura teatral, ni una gran industria cinematográfica. Yo no tengo la culpa de esto, corazón. No he nacido naranja para que me exporten y me conozcan fuera. Y aún así, tendría la competencia de Israel. Soy víctima de haber nacido en un sitio maravilloso, con un sol que no se puede aguantar. Somos hijos de papá mal adecuados, que hemos nacido en un país magnífico, pero sin una tradición artística importante. A lo mejor es que en los países del norte de Europa se aburren tanto que no tienen más remedio que dedicarse al arte. A nosotros nos sale por los poros el arte, pero nos falta la seriedad, la constancia. Y este es el follón del asunto".

## EN BUSCA DE LA CULTURA

Histrionica en el mejor sentido de la palabra, tremendamente expresiva y con la facultad de enganchar en su carro a aquel con quien está hablando, Esperanza se autodefine como sencilla, buena, salvo honrosas excepciones, trabajadora e intuitiva. Confiesa haber perdido, en buena parte, el sentido del ridículo, elegir cuidadosamente a sus amigos, sentirse diva en el escenario o cuando alguien quiere ponerle el zapato en el cuello, amar la vida y ser muy sensible. "Voy al cine, y sabiendo cómo se hace, los trucos, me olvido de todo ese trajín y lloro, se me caen los mocos y armo un escándalo tremendo". Y sobre todo es, Esperanza, una mujer preocupada por la cultura, con ansia de saber, aprender y asimilar. "Tengo la gran suerte de tener a mi lado personas que saben mucho, muy cultas, y eso ayuda mucho. Es como si en vez de tener un libro, y leerlo, tuvieras una biblioteca entera hecha hombre. Mi pareja es una persona que siempre me ha superado mental y culturalmente, y considero que es muy importante que la pareja te estimule, porque yo soy débil y creo que no estoy preparada como para vivir por mi cuenta".

La protagonista de "Vida perra" o de "Aquí no paga nadie", opina que hay que ser democrática por encima de todo, para poder votar, "porque yo sin voto ya no me considero en la vida. Hay que ser conscientes de que hay que saber política, enterarnos de lo que pasa en nuestro país, para poder escoger. Que haya libertad es formidable, pero nos hace falta mucha más cultura, civilizarnos más".

Hoy, de nuevo, en la revista. Mañana... donde sea; dispuesta a seguir trabajando en todo aquello que le guste o le llene, celosa de su vida privada y aprendiendo, día a día, a dosificarse... Así es Esperanza Roy, si así les parece. ■